

## Los Libros

MARIO LUIS DESCOTTE, por Stela Corvalán

Una firme belleza y una serenidad diamantina circulan por esta poesía y mueven sus ríos escondidos en un dulce vaivén. Conocíamos ya la dimensión lírica del poeta, sus libros anteriores: «El arribo», «Romance de la partida» y «Mar», nos habían entregado su sensibilidad fina y honda, fuente de donde manaron aquellas estrofas besadas de milagro y estas otras más profundas, donde el alma se ha ido de viaje por todas las sendas del sentimiento y del pensamiento.

Escuchémosle decir en «Muerte lírica», que es el poema inicial de su último libro: «La vida entre los dedos».

«Mi morir no será un morir sereno.  
Breve la piedra y grande el remolino,  
en él naufragará todo lo bueno  
aprendido a lo largo del camino.  
Y habrá fiesta en el mar cuando la piedra  
trace infinitas curvas en el muro  
ondulante y profundo—blanda hiedra  
sumisa y fiel como un amor divino.  
Entonces mi morir será tan puro  
como en la vid el escondido vino».

De pronto la canción se le hace leve como una espuma fugitiva y dándonos uno de sus momentos, nos enoja el oído.

«La copa de una magnolia  
frente a mi cuarto se mece,  
enmarcada en una lluvia  
de silencio celeste .  
La miro desde mi lecho  
donde fracasó una siesta  
entre un concierto de luz  
y un mundo de transparencias.  
Verde, pájaros y cielo  
para los ojos y el alma  
y un ansia desconocida  
que no sé cómo se llama».

Pero la amargura le cierra el paso en la mitad del alborozo  
y lo hace decir:

«Cada día sé menos. Lo vivido  
sólo sirvió para amasar mi canto.  
¡Bendito pan humedecido en llanto  
para saciar el hambre del vencido!  
Cada día sé menos. Suspendido  
en el alma se mece el desencanto,  
y una brisa de penas adelanto  
con el lento vaivén del sueño herido.  
Y brota la canción como si fuera  
el rumor de una voz que se desliza  
por las paredes de una inmensa hoguera.  
Pero el canto es un humo tan discreto  
que se pierde y se lleva la ceniza.  
Sólo la llama guarda su secreto».

Poeta puro, Descotte adelanta sus voces con la segura intuición de su destino. Bien lo dice el juicio que con motivo de la aparición de este libro suyo apareciera en «La Nación» de Buenos Aires. «Su preocupación primordial es su destino, no su triunfo ni su dicha sino ese sino, ese destino íntimo de cada uno de nosotros que es el resumen del destino del género humano. Encontramos en estas poesías una amalgama que antes parecía natural y hoy parece imposible; la unión de lo humano y de la forma. Pone sentimiento en cada una de sus poesías, todas lo necesariamente obscuras para ser discretas, lo suficientemente vagas para ser melancólicas y lo bastante hábiles para que la realidad y el sueño se confundan en ellas. Es la obra de un artista que conoce a fondo el instrumento que pulsa y los mil sonidos y matices que puede arrancar de él».

«Una a una salvaremos  
las muertes en el camino,  
y a pesar de cada muerte  
seremos siempre los mismos.  
Acaso menos humanos  
y quizá más pensativos  
para el tiempo luz eterna,  
para los hombres olvido.  
¡Oh, sueño cristalizado!  
¡Oh sueño desvanecido!  
En dos piedras o en dos rosas  
nuestros silencios cautivos  
señalarán nuevas rutas  
a los sueños suspendidos...»

Este poeta canta con la voz afelpada de emoción; no hay obscuridades impenetrables en su inspiración, cuando quisiera irse por el misterio, lo detendría la esperanza que siempre es

clara, porque no son sus horas un apretado cañamazo de angustias, surgen de aquí y de allá las luciérnagas de su alegría. Oídle decir:

«De duda y desolación  
estaba mi alma poblada,  
como de un pálido sol  
y de nieve una montaña.  
Pero el tiempo, sabio y justo  
le dió al sol poder de llama  
y a la nieve convirtió  
en un río de agua clara.  
Yo estoy sentado a la orilla  
la vista fija en el agua».

De pronto la muerte lo abisma en reflexión honda y lírica y le madura la angustia como un fruto sombrío. Pero siempre su esperanza revoletea alrededor de las dudas cual una mariposa alucinada.

«Espirales de dudas.  
Remolinos de miedo  
rondando entre las pálidas  
estatuas de silencio.  
¡Oh, ineludible tránsito  
de la luz al misterio!  
Destino de ceniza,  
esperanza de cielo.  
La muerte se me antoja  
la vida entre los dedos».

Llegamos en este libro a una pausa grata y fresca, la de las coplas, que con agilidad y belleza, tiñen de alborozo los contornos de esta poesía, sabia en la levedad y en la hondura. El poeta se

ha tornado niño para jugar con los pensamientos y lanzarlos en una estrofa breve que es como un globo multicolor que se mece en los aires.

¡Qué cosas tiene el amor!  
Le quita luz a los ojos  
y se la da al corazón.

O esta otra donde aletea el gozo de vivir y de decir.

¿Que como quiero que seas?  
lo que te dice el espejo.  
Pero que nunca lo sepas».

Las cosas del amor las dice bien, en cuatro líneas plenas de sabor y de hondura.

«En mi vida, una mujer  
Y en esa mujer mi muerte.  
De mi muerte he de volver  
para volver a quererte».

«Todo te lo da la tierra  
y estás de brazos, cruzada.  
Lo que tus manos no quieren  
lo aprisiona tu mirada».

«En el aire que respiras  
está grabada tu suerte,  
y es por eso que tu vida  
modela tu propia muerte».

Siguen las coplas poblando el aire de musical frescura, pero de repente las tiñe la sombra de una congoja. Oíd estas otras:

«Mi dicha vive en el aire  
y mi pena en mi raíz;  
¡eco de mi risa clara;  
¡sombra de mi pena gris!

«Amor convertido en odio  
no puede haber sido amor.  
Rosa que hoy está marchita,  
nació flor y muere flor».

«Recuerdo—presencia eterna  
de tu cuerpo y de tu voz—  
mis manos se están crispando  
en un puñado de sol».

«¡Pensar que después de muertos  
estaremos escondidos  
en la mancha de un silencio!».

De nuevo el poeta se ha vuelto profundo; lo requieren la voces misteriosas y regresa a la tierra para decir su nuevo mensaje:

«Hermano; más allá de tu humana flaqueza  
has hundido los ojos de tu conciencia plena.  
Todo lo misterioso que de la tierra brota  
se desnudó en los pliegues de tus hondas congojas,  
y la abrupta montaña convirtiéndose en llanura  
amada y poseída por el sol y la lluvia.  
He nombrado los ojos que te dieron conciencia  
¿las cosas olvidadas o las lágrimas muertas?  
Comprender es fundirse en mil incertidumbres;  
las manos en la piedra, los ojos en la nube.

Y hoy que vives ausente de los coros venales  
comprender que en tu alma desbordan las verdades.  
Ah!, la lucha fué dura!  
Sólo es sabio el que parte del país de la duda.  
Sólo halla la respuesta del destino del hombre  
aquel cuya mirada atraviesa horizontes.  
Sólo llega el que vence al país de la sangre  
aunque levante rojos castillos en el aire».

Un coro de presagios le acompaña en este filosofar lírico  
donde desentraña y golpea con su martillo de angustias las piedras  
cruelas que le interceptan el cielo.

«Tu vida inaugurada cuando nació la vida  
con savia de futuros y muertes infinitas,  
regresó de un silencio cuyos ojos velaban  
muy cerca de los cánticos del oro y de la espada.  
Tu vida es esa nube que en al agua se mira  
como se mira el viento sobre sus propias ruinas.  
Escultor del espacio, modelabas, oh, viento!  
con arcilla de nubes estatuas en el cielo.  
En vano levantabas los brazos y la vista;  
el espacio era un mundo de cosas fugitivas.

Un sueño es como un trozo de niebla que aparece  
enmarcado en un medio de cosas transparentes.  
Un sueño es una música que llega a nuestro oído  
como ese inútil viento que nace de un suspiro.  
Todo sueño que nace sin raíz en la tierra  
tiene el rostro impasible de un desierto de arena.  
Eáa estrella invisible para los pobres ojos  
se enciende y agiganta desde el fondo de un pozo.  
Más que el eco profundo del bronce que repica  
busquemos la presencia de las notas cautivas».

Tal es el contorno exacto de esta voz lírica amasada en cantos que viajan del desamparo de una soledad plena al rojo vértice de la dicha.

Cada uno de sus libros ha sido una nueva meta de superación estética, en cada pausa su alma ha bebido aguas más profundas de vida y de muerte, lazo continuo que se nos enreda en los pensamientos llevándonos, como al poeta, por viñas soleadas o por praderas sombrías.

«En mitad de la ruta encendiste tu antorcha  
y del ancho silencio que mordía las cosas,  
se desprendió un torrente de luces y de voces  
que inauguraron albas en pedestal de noches.  
Y tus manos inútiles alcanzaron la dicha  
de acariciar la rosa sin temor a la espina.  
Tus ojos se poblaron de universos latentes  
en las profundidades de las cosas más leves.  
En el volcán rugiente, en la suave gramilla  
y en todo lo que exhala un hálito de vida,  
encontraste el exacto sentido de palabras  
que hirieron tus oídos sin herirte en el alma.  
Nacer es regresar de un ambiente de sombras  
y despertar mirando la luz de otras auroras.  
Vivir es mantener la ilusión encérdida.  
Sólo la muerte ofrece victoriosas cenizas».

Para este poeta la muerte es la rosa perfecta que ha de entregar a su ansiedad el perfume más acendrado, pero de sus viajes hondos regresa siempre con la palabra endulzada por los zumos vivos de la tierra.

Regresar a la tierra no es renunciar al sueño  
sino extraer esencias para hacerlo más bello.  
Nada impide que sueñes. Con un poco de verde  
harás blandos caminos que en el cielo convergen.

Nada impide que sueñes. Con un poco de mármol  
construirás gigantescas estatuas y palacios.  
Nada impide que sueñes. Lo esencial es que el sueño  
se modele en las yemas de tus frágiles dedos».

Así con la vida entre los dedos, como si fuera un extraño  
juguete de risa y lágrimas va diciendo el poeta su claro mensaje.  
Artes de que desaparezca en su horizonte de sueños, dejémosle  
decir su «Desvelo».

«En el muro los ojos he clavado  
y en mis pupilas habitó un desierto.  
Pulso febril en el paisaje muerto.  
Ansias de ver el muro atravesado.  
¿Quién habita detrás del muro helado?  
¿La verdad, la mentira, el desconcierto?  
¿O hay otro ser, que como yo, despierto,  
el mismo interrogante ha modulado?  
Me despego de pronto de este infierno.  
La penumbra en el aire se deslía  
con la presencia de ese niño tierno  
que nace con la noche que se hunde,  
y el espacio en el día se sonríe  
y la duda en el sueño se confunde».



LA FILOSOFÍA MARXISTA Y LAS CIENCIAS, de J. B. S. Haldane

J. B. S. Haldane es hijo de J. S. Haldane. El padre, que murió en 1936, hizo valiosas aportaciones al campo de la Fisiología y demás Ciencias Naturales. El hijo, especializado en los temas de Genética y Evolución, viene escribiendo luminosos ensayos desde hace veinte años. Ambos Haldane son autoridades de pri-